

La hermanita

A la tierna edad de casi dos años, cuando tus padres te dicen que vas a tener una hermanita, crees que va a ser algo bueno debido a su sonrisa tonta y sincera en los labios y el brillo alegre y lagrimoso en los ojos. Sin embargo, realmente no tienes ni idea de lo que es. Vamos, podían haberte dicho que un marciano iba a visitaros la próxima semana y el resultado hubiera sido el mismo. Los conceptos tiempo y lugar no encuentran cabida en una mente tan joven, como hermanita y marciano tienen el mismo valor en una hija única (por el momento).

Pero, claro, lo que esa mente tan joven imagine que puede ser tener una hermanita es comparable con lo que un adulto pueda idear con el hecho de que le comuniquen que le ha tocado la lotería. Sabe que es algo bueno, aunque para empezar a enfocarlo con más realidad, le hace falta conocer la cantidad. Porque no es lo mismo que le toque el reintegro de la primitiva. Que ilusión a los adultos les hace, porque mejor que nada es, ayuda a seguir manteniendo la esperanza en el próximo sorteo sin tener que recurrir de nuevo al bolsillo. Que les digan que llevan diez décimos premiados con el gordo de Navidad, porque con esta cifra más que tapar agujeros (frase típica de los afortunados del 23 de diciembre) van a poder cerrar socavones del tamaño del cráter Korolev. Que por cierto si no lo sabéis está en Marte. Yo sí lo sabía porque de ahí era el marciano.

Según pasan los días te vas percatando que la cifra de la lotería se aproxima más a la segunda opción, porque el tema hermanita pasa de ser secreto de sumario a monotema. No sólo te cuenta tu mamá dulcemente lo maravilloso que será, mientras te acurruca en su regazo, o tus abuelos, contentos, te comen a besos y te traen regalitos cuando aparecen por casa, es que hasta tu padre tiene la osadía de pasar cualquier papeleta, cupón, quiniela o décimo (por eso de la comparación con la lotería, supongo) por la

tripa de tu madre, que va adquiriendo configuración de globo recién inflado en una fiesta infantil. Y así, como globos rojos con forma de corazón había en el salón el día de tu primer cumpleaños, las hormonas de la felicidad flotan en el aire.

Esto te lleva a empezar a dar forma a todo aquello que vas a inventar con tu hermanita, igual que el adulto comienza a elucubrar con lo que va hacer con tal cantidad de pasta. Aquí quedan excluidos aquellos que anteriormente mencione, todos los que por pasta entienden: yeso, cemento o cualquier otro material para tapar agujeros. Éstos con una visita rápida al almacén de materiales ya han completado su percepción de ganar la lotería. El adulto con chispa, menos albañil y más electricista, fantaseará no con un coche si no con... “el coche”: aerodinámico, veloz, potente y rojo. Añadirá... “la casa”: grande, con jardín, piscina y jacuzzi. También... “el viaje de sus sueños”. Aquí múltiples destinos le hacen dudar, sin embargo, la madurez le hace tener claro que los hoteles serán de esos con más estrellas que la noche de Van Gogh. Que volará en primera, por las rodillas más que nada, que ya se tiene una edad. Y que las hamburgueserías de sello internacional son más que prescindibles. Tú al no llegar a ese grado de veteranía, entiendes que tu hermanita pudiera ser como tu querido peluche gigante de oso, sobre el que saltas, junto al que duermes y al que por las mañanas arrastras por todo el pasillo recogiendo pelusas. Y todo por ese orden, que luego tu madre se pone muy nerviosa si primero le arrastras y después le metes en la cama. Mamá te tendrá limpia a tu hermanita por la noche. Un programa rápido en la lavadora, un poco de secadora y oso y hermanita listos. Seguro que también podrás llevártela al parque para probar tus pócimas, jugar con la arena y lanzarla por el tobogán. Lo solías hacer con el dinosaurio, pero una vez se te olvidó allí. Seguro que con la hermanita no te pasa. Eso sí, la tendrás que hacer un sitio en el cajón de los juguetes, cuando sepas su tamaño, para guardarla y que papá vea lo organizada que eres.

El tiempo transcurre y te das cuenta que tener una hermanita debe ser maravillosamente dulce, como tu madre te contaba, porque estás recibiendo continuamente una sesión extra de mimos por parte de todos aquellos que te rodean. Si esto es así ahora, no puedes ni imaginar cómo será cuando realmente la tengas. Así que de vez en cuando te impacientas y quieres tenerla ya. Pero, no exageremos, sólo de vez en cuando. Sin embargo, esto te lleva a un descubrimiento inaudito: tu hermanita está dentro del globo, donde por el momento está creciendo. Viendo el tamaño del mismo te das cuenta que el hueco que dejaste en el baúl es demasiado pequeño. Tendrás que sacar más juguetes. ¡Vaya faena! Más las ventajas siguen siendo superiores a este problemilla de tamaño.

Por fin un día te sueltan que la hermanita va a llegar. Es inminente. Decides sentarte en la puerta de entrada a esperar al repartidor. No obstante, a partir de este momento todo se tuerce. Para empezar, te abandonan en casa de tus abuelos con un beso en la frente y un abrazo con lágrimas. No lo entiendes. ¿No era todo felicidad? Tus padres desaparecen. Sigues sin entenderlo. Te duermes. Te despiertas. Tu abuela, emocionada, te dice que tu hermana ya está aquí. No sabes dónde. No la ves. No lo entiendes. ¿Y tu madre? Con la hermanita ¿Y tú? Ahora lo entiendes menos: ¡¡tu madre con tu hermanita!! Pero, ¿y tú? ¿La hermanita no era tuya? ¿En qué quedamos? Te pones nerviosa. Tienes una crisis de ansiedad. Estás frustrada. Estás asustada. Esto no te gusta. Lloras. Pataleas. Llamas a mamá a gritos.

Por seguir con la comparativa con la lotería, este sería el momento que el adulto descubre que Hacienda somos todos. Y no lo entiende. Pero, ¿y la pasta no era suya?, ¿ahora es de todos? Se pone nervioso. Tiene una crisis de ansiedad. Está frustrado. Está asustado. Esto no le gusta. Lloras. Patalea. Grita expresiones “adultas”.

Más lo peor está por llegar. Todos van a ver a tu hermanita. ¿Dónde? ¿Al baúl de los juguetes? Todos te hablan de ella. Menos mal que tu padre aparece de repente y te da un

poco de consuelo. Te coge en sus brazos. Te protege. Te susurra que tú siempre serás su chica mayor. Tú lo de mayor no lo tienes muy claro, pero reconforta.

Aquí el adulto reconoce que más vale pájaro en mano que ciento volando. Se siente reconfortado al saber que puede continuar haciendo parte de sus planes tan soñados. Aunque por supuesto con lo de Hacienda sigue sin ver la parte positiva. Pero, obviamente, no le queda más remedio.

Esto continúa empeorando por momentos. Cuando por asamblea general deciden que puedes volver a casa, te encuentras todo el pastel. (O pastelitos en pañalitos). Tu madre feliz y cansada sostiene en lo que hasta entonces era “tu sitio” una cosita humana. Una cosita, muy fea, a la que todos los participantes miran con admiración, robándote todos tus adjetivos y otorgárselos a la recién llegada como si de dones de hadas mágicas se tratasen: “preciosa”, “pequeña”, “bonita”, “bella”, “chiquitita”, “graciosa”, “linda”, “hermosa”, “exquisita”, “guapa”, ... En ese momento, tu papá te da la mano y te lleva a ver a tu hermana. Tu madre te besa, te besa y te besa. Pero, no puedes sentarte en su regazo. Está ocupado. Tú, totalmente desconcertada. No sabes como ha llegado a ocurrir todo esto.

Ésta es la situación en la cual el adulto se ve aturdido por circunstancias ajenas a sus deseos. Cambiando su flamante bólido por un práctico, confortable, seguro y gris plata monovolumen; su acomodado y señorial palacete por un adosado en las afueras; y pagando el crédito personal de los suegros en lugar de su viaje por Oriente (ahora que ya lo había decidido). Está totalmente desconcertado. No sabe como ha llegado a ocurrir esto.

Todavía crees que queda alguna esperanza cuando la casa se queda con sus miembros habituales, mas uno. Tu madre dejando a la intrusa dormida en una cuna, te acurruca, te

mece, te acaricia y te dice lo mucho que te quiere, “princesa”. Sin embargo, esta remontada dura poco. La cosita llora, berrea y reclama su atención incesantemente. Ella, “la reina”, te derroca, “princesa”. Ocupa tu trono. Allí, en los brazos más queridos, es demandante de una atención infinita, mientras tú te conformas con lamerte las heridas a los pies de tu madre.

El adulto acaba de enterarse que su informador ha intercalado las últimas cifras del número ganador y realmente él no va a obtener ningún premio. Lo ha comprobado varias veces por mantener los últimos vestigios de esperanza que le quedaban, para muy deprimido decir adiós a lo que nunca tuvo. Ahora, la idea del monovolumen, el adosado y la ayuda a sus suegros le parece una idea absolutamente magnífica, admirable... e inaccesible, imposible.

Te toca recomponerte, y reclamar tu sitio. Recurras a las mismas artimañas que a tu hermana tan bien le funcionan. Pero, ampliadas para hacerte notar: lloras, pataleas, gritas e incluso algún día te haces pis encima. Sin embargo, intuyes que mientras a tu hermana la tratan con ternura, contigo son condescendientes y se muestran tristes y preocupados. De hecho, y no entiendes la relación, están obsesionados con la limpieza, en particular con las pelusas del pasillo, de la casa en general. Cuando hablan entre ellos, susurran una y otra vez lo de las dichosas pelusas. Pues, mientras esto no vuelva a la normalidad, tú no piensas sacar al oso de paseo.

Cuando tu padre te dijo que eras la mayor te reconfortó, ¿verdad? Pues ahora eso resulta ser una horrible pesadilla. Tienes que ceder tus juguetes, donar tu peluche oso, transferir el sitio en la silla de paseo, dejarla su espacio en tu habitación, incluso, y esto es lo más doloroso, compartir tus padres. Tu hermana con un instinto de supervivencia agudizado sabe cómo conseguir todo aquello que quiere y todos tus esfuerzos por evitarlo fracasan inútilmente.

Es como si el adulto tuviera que ceder su coche, donar su móvil y compartir su casa con sus suegros por tiempo ilimitado. Y sin alternativa.

Ese concepto que llaman tiempo, que todavía no comprendes, pero con la cualidad de ser medicinal: “el tiempo lo cura todo” y sabiduría salomónica: “el tiempo pone a cada uno en su lugar”, pasa. Con ese paso te descubres compartiendo tus juguetes, tus peluches, tu sitio, tu espacio, tus padres, ... tu vida con esa cosita que llegó un día para ponerlo todo patas arriba. Y descubres que a ti si que te toco algo increíblemente mejor que la lotería: tu hermanita.

En este punto cualquier analogía con nuestra historia del adulto, cambia por completo. Este hecho es comparable con ...

Tu hermanita y tú sois llamadas a sentaros en el sofá. Vuestros padres con una sonrisa tonta y unos brillantes ojos os comunican que vais a tener un hermanito.

Nunca pensaste en una venganza tan dulce y maravillosa.